

HARLAN COBEN

ALTA TENSIÓN

RBA

HARLAN COBEN

ALTA Tensión

RBA

Título original: *Live Wire*

© Harlan Coben, 2011

© Traducción de Alberto Coscarelli, 2011

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2013.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

OEBO125

ISBN: 978-84-9867-995-3

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

<u>Portada</u>	
<u>Créditos</u>	
<u>Dedicatoria</u>	
<u>1</u>	
<u>2</u>	
<u>3</u>	
<u>4</u>	
<u>5</u>	
<u>6</u>	
<u>7</u>	
<u>8</u>	
<u>9</u>	
<u>10</u>	
<u>11</u>	
<u>12</u>	
<u>13</u>	
<u>14</u>	
<u>15</u>	
<u>16</u>	
<u>17</u>	
<u>18</u>	
<u>19</u>	
<u>20</u>	

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Otros títulos](#)

Para Anne, porque lo mejor está a punto de llegar

1

La más fea de las verdades, le dijo una vez un amigo a Myron, es mejor que la más bonita de las mentiras.

Myron pensó en aquella frase mientras miraba a su padre en la cama del hospital. Volvió dieciséis años atrás, a la última vez que le había mentido a su padre, a la mentira que había causado tanta desolación y dolor, una mentira que inició una trágica oleada y que, finalmente, de forma desastrosa, terminaría aquí.

Los ojos de su padre permanecían cerrados, su respiración era rasposa e irregular. Los tubos parecían salir por todas partes. Myron miró el antebrazo de su padre. Recordó que en su infancia acudía a visitar a su padre a aquel almacén de Newark, y la manera en que su padre se sentaba a la enorme mesa, con las mangas enrolladas. Entonces, el antebrazo era tan poderoso que tensaba la tela, haciendo que el puño se apretase como un torniquete sobre el músculo. Ahora el músculo se veía esponjoso, deshinchado por la edad. Aquel pecho de tonel que había hecho sentirse tan seguro a Myron todavía estaba allí, pero se había vuelto tan quebradizo que si una mano lo estrujase podría romperle las costillas como si fueran ramas secas. El rostro sin afeitar de su padre mostraba unas manchas grises en lugar de la habitual sombra de barba, y la piel alrededor de la barbilla suelta le colgaba como una capa que le viniese demasiado grande.

La madre de Myron —la esposa de Al Bolitar durante los últimos cuarenta y tres años— estaba sentada junto al lecho. Su mano, temblorosa por el Parkinson, sujetaba la de él. Ella también parecía sorprendentemente frágil. En su juventud, su madre había sido una de las primeras feministas que quemaron su sujetador con Gloria Steinem y llevaba camisetas con lemas como «El lugar de una mujer está en la casa... Blanca». Y ahora, ahí estaban los dos, Ellen y Al Bolitar. («Somos el El-Al —siempre bromeaba mamá—, como las Líneas Aéreas Israelíes»), destrozados por la edad, agarrados de la mano, más afortunados que la gran mayoría de amantes ancianos; éste era el final que la suerte parecía depararles.

Dios tenía sentido del humor.

—¿Qué? —preguntó mamá a Myron en voz baja—. ¿Estamos de acuerdo?

Myron no respondió. La más bonita de las mentiras contra la más fea de las verdades. Myron tendría que haber aprendido la lección entonces, dieciséis años atrás, con aquella última mentira a este gran hombre que amaba como a ningún otro. Pero no, no era tan sencillo. La más fea de las verdades podía ser devastadora. Podía sacudir un mundo.

Incluso matar.

Así que cuando su padre abrió los ojos, y ese hombre, al que Myron admiraba como a ningún otro, miró a su hijo mayor con una confusión suplicante, casi infantil, Myron observó a su madre y asintió despacio. Luego se tragó las lágrimas y se preparó para decirle a su padre una última mentira.

2

SEIS DÍAS ANTES

—Por favor, Myron, necesito tu ayuda.

Para Myron era algo así como la materialización de una fantasía: una preciosa damisela en apuros acababa de entrar en su despacho, como si saliera de una vieja película de Bogart. Sólo que, bueno, caminaba como un pato, y su ausencia de silueta delataba que la preciosa damisela en cuestión estaba embarazada de ocho meses, detalle que, lo siento, mataba todo el efecto de la fantasía.

Su nombre era Suzze T, abreviatura de Trevantino, y era una estrella del tenis retirada. Había sido la sensual chica mala del tour, más conocida por sus atuendos provocativos, los piercings y los tatuajes que por su juego. A pesar de todo, Suzze había ganado uno de los grandes campeonatos y consiguió una millonada con los patrocinios, el más notable de ellos como portavoz (a Myron le encantaba el eufemismo) de la La-La-Latte, una cadena de cafeterías *topless*, donde a los chicos universitarios les encantaba pedir «más leche». Qué buenos tiempos.

Myron abrió los brazos.

—Aquí estoy para ti, Suzze, veinticuatro horas al día, los siete días de la semana; ya lo sabes.

Estaban en su despacho de Park Avenue, sede de MB Reps. La M mayúscula correspondía a Myron, la B a Bolitar

y Reps indicaba que era representante de deportistas, actores y escritores. Se trataba de un nombre literal.

—Sólo dime qué puedo hacer por ti.

Suzze comenzó a caminar por el despacho.

—No sé por dónde empezar. —Myron se disponía a hablar cuando ella levantó la mano—. Si te atreves a decir: «Empieza por el principio», te arrancaré uno de tus testículos.

—¿Sólo uno?

—Ahora estás comprometido. Pienso en tu pobre prometida.

Suzze aumentó la velocidad e intensidad de sus pasos hasta tal punto que una pequeña parte de Myron temió que comenzase a parir allí mismo, en su despacho recién acabado de reformar.

—Estoo... la alfombra —dijo Myron—. Es nueva.

Ella frunció el entrecejo, siguió caminando un poco más y comenzó a morderse las uñas, demasiado pulidas.

—¿Suzze?

Ella se detuvo. Sus miradas se encontraron.

—Dímelo —dijo él.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos?

Myron asintió. Hacía sólo unos pocos meses que había salido de la Facultad de Derecho y acababa de poner en marcha su empresa. Entonces, en sus comienzos, MB Reps, era conocido como MB Sport Reps. Se llamaba así porque al principio Myron sólo representaba a deportistas. Cuando empezó a representar a actores, escritores y otros profesionales del campo de las artes y las celebridades, quitó el Sports del nombre de la empresa, y éste se quedó en MB Reps. De nuevo, la preferencia por lo literal.

—Por supuesto.

—Era un desastre, ¿verdad?

—Tenías un gran talento para el tenis.

—Y era un desastre. No me dores la píldora.

Myron levantó las palmas hacia el techo.

—Tenías dieciocho años.

—Diecisiete.

—Diecisiete, lo que sea. —Tuvo un rápido recuerdo de Suzze al sol: el pelo rubio recogido en una coleta, la sonrisa traviesa en su rostro, un golpe derecho que le daba a la pelota como si ésta la hubiese ofendido—. Acababas de convertirme en jugadora profesional. Los adolescentes colgaban tu retrato en sus dormitorios. Se suponía que ibas a derrotar a las leyendas de inmediato. Tus padres redefinieron la palabra prepotente. Habría sido un milagro que te mantuvieses incólume.

—Bien dicho.

—Entonces, ¿qué pasa?

Suzze se miró la barriga como si acabase de aparecer.

—Estoy embarazada.

—Eh, sí, ya lo veo.

—La vida es buena, ¿sabes? —Ahora su voz era suave, nostálgica—. Después de todos aquellos años, cuando era un desastre... encontré a Lex. Su música nunca ha sonado mejor. La academia de tenis funciona a tope. Ahora todo va de maravilla.

Myron esperó. Los ojos de ella permanecían fijos en su barriga mientras la acunaba como si su contenido fuese lo que, más o menos, era, dedujo Myron. Para mantener la conversación, preguntó:

—¿Te gusta estar embarazada?

—¿Te refieres al acto físico de gestar un niño?

—Sí.

Suzze se encogió de hombros.

—No es que me sienta radiante ni nada por el estilo. Me refiero a que estoy muy dispuesta a parir. Es un

pensamiento interesante. A algunas mujeres les encanta estar embarazadas.

—¿A ti no?

—Es como si tuviese una excavadora aparcada en la vejiga. Creo que la razón por la que a las mujeres les gusta estar embarazadas es porque las hace sentirse especiales. Como si fuesen famosillas. La mayoría de las mujeres pasan por la vida sin llamar la atención, pero cuando están embarazadas, la gente monta revuelo a su alrededor. Puede parecer un poco condescendiente, pero a las mujeres embarazadas les gusta el aplauso. ¿Sabes a qué me refiero?

—Creo que sí.

—Supongo que ya he tenido mi ración de aplausos. —Se movió hacia la ventana y miró al exterior durante unos segundos. Luego se volvió hacia él—. Por cierto, ¿has visto lo grandes que tengo las tetas ahora?

—Hum —dijo Myron, y decidió no añadir nada más.

—Ahora que lo pienso, me pregunto si no deberías llamar a La-La-Latte para una nueva sesión fotográfica.

—¿Unas tomas en ángulos estratégicos?

—Exacto. Se podría hacer una gran campaña con estas mamas. —Se las cogió con las manos, como si Myron no se hubiera dado cuenta de a qué mamas se refería—. ¿Tú qué opinas?

—Creo —respondió Myron— que te estás yendo por las ramas.

Ahora en los ojos de ella había lágrimas.

—Soy tan rematadamente feliz.

—Sí, bueno, comprendo que podría ser un problema.

Ella sonrió al oírle.

—He dejado atrás los demonios. Incluso me he reconciliado con mi madre. Lex y yo no podríamos estar más preparados para tener al bebé. Quiero mantener a los demonios apartados.

Myron se irguió en el sillón.

—¿No estarás consumiendo de nuevo?

—Por Dios, no. No esa clase de demonios. Lex y yo ya hemos acabado con aquello.

Lex Ryder, el marido de Suzze, era la mitad de la legendaria banda/dúo, conocida como HorsePower; en realidad, seamos sinceros, era la mitad menos importante respecto a Gabriel Wire, un tipo con un carisma sobrenatural. Lex era un buen músico, aunque algo atribulado, pero él siempre sería un John Oates y Gabriel, un Daryl Hall; un Andrew Ridgeley y no un George Michael; sería como el resto de componentes de las Pussycat Dolls, eclipsadas por Nicole Scherz o como se llame.

—¿Qué clase de demonios, entonces?

Suzze metió la mano en el bolso. Sacó algo que desde el otro lado de la mesa parecía una foto. La miró durante unos instantes y se la pasó a Myron. Él le echó un vistazo y esperó a que ella hablase de nuevo. Por fin, sólo por decir algo, dijo una obviedad:

—Es la ecografía de tu bebé.

—Sí. Veintiocho semanas de edad.

Más silencio. Myron lo volvió a romper.

—¿Al bebé le pasa algo malo?

—Nada. Es perfecto.

—¿Él?

Suzze T sonrió.

—Voy a tener a mi hombrecito.

—Es muy guay.

—Sí. Oh, es una de las razones por las que estoy aquí: Lex y yo hemos estado hablando de ello. Los dos queremos que seas el padrino.

—¿Yo?

—Sí.

Myron no dijo nada.

—¿Y bien?

Ahora era Myron quien tenía los ojos húmedos.

—Me siento muy honrado.

—¿Estás llorando?

Myron no abrió la boca.

—Estás hecho una nenaza —dijo ella.

—¿Qué pasa, Suzze?

—Quizá nada. —Una pausa—. Creo que hay alguien que tiene la intención de destruirme.

Myron mantuvo los ojos en la ecografía.

—¿Cómo?

Entonces ella se lo mostró. Le mostró tres palabras que resonarían sordamente en su corazón durante mucho tiempo.

3

Una hora más tarde, Windsor Horne Lockwood III — conocido por todos aquellos que le temían (es decir, casi todos) como Win— entraba en el despacho de Myron. Win tenía un estupendo andar arrogante, como si vistiese frac y sombrero negro de copa e hiciese girar un bastón. Sin embargo, vestía una corbata Lilly Pulitzer rosa y verde, una americana azul que llevaba algo que parecía un escudo y pantalón caqui con una raya lo bastante aguda como para hacer sangre. Calzaba mocasines, sin calcetines, y en resumen parecía como si llegara de un crucero en el *SS Ricachón*.

—Suzze T acaba de estar aquí —comentó Myron.

Win asintió y echó la mandíbula hacia fuera.

—La vi cuando salía.

—¿Parecía alterada?

—No me fijé —respondió Win, y se sentó—. Le han crecido los pechos —añadió.

—Tiene un problema —dijo Myron.

Win se echó hacia atrás y cruzó las piernas con su típica calma tensa.

—Explícate.

Myron giró la pantalla del ordenador para que Win la viese. Una hora antes, Suzze T había hecho lo mismo. Pensó en aquellas tres pequeñas palabras. Muy inocentes

en sí mismas, pero preñadas de sentido en su contexto. En éste, aquellas tres palabras, todavía helaban la habitación.

Win miró la pantalla y buscó algo en el bolsillo interior de la chaqueta. Sacó un par de gafas. Las llevaba desde hacía casi un mes, y aunque Myron hubiese dicho que eso era imposible, hacían que Win pareciese todavía más altivo y presuntuoso. También le deprimía mucho verlas. No es que fueran viejas ni mucho menos, pero cuando Win se las mostró por primera vez, empleó esta analogía del golf: «Ahora estamos oficialmente en los últimos nueve de la vida».

—¿Es una página de Facebook? —preguntó Win.

—Sí. Suzze dijo que la utiliza para promocionar su academia de tenis.

Win se acercó un poco más.

—¿Es su ecografía?

—Sí.

—¿Y cómo es que usa una ecografía para promocionar una academia de tenis?

—Es lo que le pregunté. Dijo que necesitaba darle un toque personal. La gente no sólo quiere leer propaganda.

Win frunció el entrecejo.

—¿Entonces va y cuelga la ecografía de un feto? —Me miró—. ¿Tiene eso algún sentido para ti?

En realidad no lo tenía. Una vez más —con Win usando gafas para leer y los dos quejándose del nuevo mundo de las redes sociales—, Myron se sintió viejo.

—Mira los comentarios a la foto —dijo Myron.

Win le miró con ojos inexpresivos.

—¿Las personas comentan una ecografía?

—Tú léelos.

Win lo hizo. Myron esperó. Se había aprendido la página de memoria. Había veintiséis comentarios en total; la mayoría expresaban buenos deseos. La madre de Suzze, la

envejecida modelo del cartel de Mamá Malvada (tenis), por ejemplo, había escrito: «¡Atención, gente, voy a ser abuela! ¡Viva!». Alguien llamado Amy decía: «¡Qué chuli!». Un jocoso «se parece a su padre :)» era de un batería de estudio que solía trabajar en las sesiones de grabación con HorsePower. Un tipo llamado Kelvin escribía: «¡¡Felicitaciones!!». Tamy preguntaba: «¿Cuándo nacerá el bebé, cariño?».

Win se detuvo cuando faltaban tres para el final.

—Un tipo divertido.

—¿Cuál?

—Un humanoide mierdoso llamado Eric escribió —Win se aclaró la garganta y se acercó más a la pantalla—: «¡Tu bebé se parece a un caballito de mar!», y luego Eric la Monda añadió las letras «MT».

—Él no es su problema.

Win no se aplacó.

—Puede que el viejo Eric aún se merezca una visita.

—Tú continúa.

—Bien.

Las expresiones faciales de Win casi nunca cambiaban. Se había entrenado a sí mismo para no mostrar nunca sus emociones en los negocios ni en el combate.

Pero unos segundos más tarde, Myron vio que algo se oscurecía en los ojos de su viejo amigo. Win le miró. Myron asintió. Porque ahora Myron sabía que Win había encontrado las tres palabras.

Las tres aparecían al final de la página. Las tres palabras estaban en un comentario hecho por «Abeona F», un nombre que no significaba nada para él. La foto del perfil era algo así como un símbolo, quizás una letra china. Después, todo en mayúsculas, sin puntuación, había tres palabras sencillas pero desgarradoras: «NO ES SUYO».

Silencio.

Entonces Win exclamó:

—¡Caray!

—Desde luego.

Win se quitó las gafas.

—¿Necesito hacer la pregunta obligada?

—¿Cuál es?

—¿Es verdad eso?

—Suzze jura que el bebé es de Lex.

—¿La creemos?

—Sí —dijo Myron—. ¿Importa?

—No desde un punto de vista moral. ¿Mi teoría? Esto es obra de un tarado.

Myron asintió.

—Lo mejor de Internet es que da voz a todo el mundo. Y lo peor de Internet es que da voz a todo el mundo.

—El gran bastión de los cobardes y los anónimos —asintió Win—. Suzze tendría que borrarlo antes de que Lex lo vea.

—Demasiado tarde. Es parte del problema. Al parecer, Lex se ha largado.

—Entiendo —dijo Win—. ¿Quiere que nosotros le encontremos?

—Y que le llevemos a casa, sí.

—No será muy difícil encontrar a una famosa estrella del rock —afirmó Win—. ¿Cuál es la otra parte del problema?

—Ella quiere saber quién escribió esto.

—¿La verdadera identidad del señor Loco?

—Suzze cree que es algo más gordo. Que alguien va a por ella.

Win sacudió la cabeza.

—Es un loco.

—Vamos. Escribir «No es suyo»... Es bastante asqueroso.

—Un loco asqueroso. ¿Acaso no lees las tonterías de Internet? Coges cualquier noticia, en cualquier sitio, y te encuentras siempre con los típicos comentarios racistas, homófobos y paranoicos. —Trazó comillas en el aire con dos dedos—. Te hará aullar a la luna.

—Lo sé, pero le prometí investigarlo.

Win exhaló un suspiro, se puso de nuevo las gafas y se inclinó hacia la pantalla.

—La persona que lo colgó es una tal Abeona F. Supongamos que se trata de un seudónimo.

—Supongamos.

—¿Qué pasa con la foto del perfil? ¿Qué significa este símbolo?

—No lo sé.

—¿Se lo preguntaste a Suzze?

—Sí. Dijo que no tenía ni idea. Se parece a un símbolo chino.

—Quizá podamos encontrar a alguien que lo traduzca. —Win se echó hacia atrás y volvió a unir los dedos—. ¿Te has fijado en la hora que colgaron el comentario?

Myron asintió.

—La tres y diecisiete de la madrugada.

—Muy tarde.

—Es lo que estaba pensando —dijo Myron—. Podría ser el equivalente a la red social de los borrachos.

—Un ex con agravios —opinó Win.

—¿Los hay de otra clase?

—Si recuerdo bien la alocada juventud de Suzze, podría haber, por lo menos, unos cuantos candidatos.

—Ninguno al que ella crea capaz de hacer esto.

Win continuó mirando la pantalla.

—¿Cuál va a ser nuestro primer paso?

—¿De verdad?

—¿Perdón?

Myron se paseó por su despacho recién renovado. Habían desaparecido los carteles de las obras de Broadway y los recuerdos de Batman. Los habían quitado cuando tuvieron que pintarlo, y Myron no tenía claro si quería volver a colgarlos. También habían desaparecido los viejos trofeos y premios de sus días de deportista —los anillos de los campeonatos de la NCAA, su certificado del Parade All-American, su premio como Jugador del Año del Colegio Universitario—, salvo una excepción. Justo antes de su primer partido profesional, con los Boston Celtics, cuando su sueño por fin se hizo realidad, Myron había sufrido una grave lesión en la rodilla. *Sports Illustrated* lo sacó en portada con este título: «¿ESTÁ ACABADO?». Y si bien ellos no contestaban a la pregunta, la respuesta acabó siendo un gran «¡SÍ!». No tenía claro por qué había conservado aquella portada enmarcada. Si le preguntaban, decía que era una advertencia para cualquier «superestrella» que entrara en su despacho sobre lo rápido que podría desaparecer del firmamento, pero Myron, hasta cierto punto, sospechaba que se trataba de algo más profundo.

—No es tu *modus operandi* habitual —señaló Myron.

—Oh, por favor, dime.

—Ahora viene cuando me dices que soy un agente, no un investigador privado, y que tú no ves ningún sentido en hacerlo porque no hay ningún beneficio económico en juego para la firma.

Win no dijo nada.

—A veces te quejas de que tengo complejo de héroe y de que tengo necesidad de ayudar a la gente para sentirme realizado. Y últimamente, o tal vez debería decir, más recientemente, tratas de explicarme que mis intervenciones han hecho más daño que bien o que he acabado hiriendo, e incluso matando, quizás a más personas de las que haya podido salvar.

Win bostezó.

—¿Hay algo más que quieras decir?

—Creía que era evidente, pero aquí está. ¿Por qué de pronto pareces tan dispuesto, e incluso entusiasmado, a aceptar esta misión en particular, cuando en el pasado...?

—En el pasado —interrumpió Win—. Siempre te he ayudado, ¿no?

—La mayoría de las veces, sí.

Win me miró, se golpeó la barbilla con el índice.

—¿Cómo explicarlo? —Se detuvo, pensó, asintió—. Tenemos tendencia a creer que las cosas buenas durarán para siempre. Está en nuestra naturaleza. Por ejemplo, los Beatles. Oh, siempre estarán con nosotros. *Los Soprano*, esa serie que no dejarán nunca de emitir. La serie de Zuckerman, de Philip Roth. Los conciertos de Springsteen. Pero las cosas buenas son escasas. Hay que disfrutarlas, porque siempre nos dejan demasiado pronto.

Win se levantó y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir de la habitación miró atrás.

—Trabajar contigo —dijo— es una de esas cosas buenas.

4

No costó mucho encontrar a Lex Ryder.

Esperanza Díaz, la socia de Myron en MB Reps, le llamó a las once de la noche y dijo:

—Lex acaba de usar su tarjeta de crédito en el Three Downing.

Myron se alojaba, como hacía a menudo, en el apartamento de Win en el legendario edificio Dakota, que daba a Central Park West, en la esquina de la Calle 72. Win tenía uno o tres dormitorios libres. El Dakota databa de 1884 y destacaba. Su estructura de fortaleza era hermosa, oscura y, en cierto modo, maravillosamente deprimente. Era un batiburrillo de gabletes, balcones, florones, pedimentos, balaustradas, hierros forjados, medias cúpulas, rejas forjadas, arcadas, buhardillas; una extraña mezcla sin solución de continuidad, más perfecta que abrumadora.

—¿Qué es eso? —preguntó Myron.

—¿No conoces el Three Downing? —preguntó Esperanza.

—¿Debería?

—Sin duda. Ahora mismo es el local de moda en la ciudad. Diddy, las supermodelos, los diseñadores, toda esa pandilla. Está en Chelsea.

—Oh.

—Es un poco decepcionante —opinó Esperanza.

—¿Qué?

—Que un chuleta de tu categoría no conozca los lugares de moda.

—Cuando Win y yo vamos de clubes, llegamos en la limusina Hummer blanca y utilizamos las entradas subterráneas. Los nombres se confunden.

—Puede que estar prometido esté estropeando tu estilo —dijo Esperanza—. ¿Quieres pasar por ir allí y recogerle?

—Estoy en pijama.

—Sí, todo un chuleta. ¿Tus pijamas tienen pies?

Myron consultó su reloj de nuevo. Podía estar en el centro antes de medianoche.

—Voy para allá.

—¿Win está ahí? —preguntó Esperanza.

—No, todavía no ha vuelto.

—¿Vas a ir solo?

—¿Te preocupa que un bocado delicioso como yo vaya a un club nocturno solo?

—Me preocupa que no te dejen entrar. Me encontraré contigo allí. Dentro de media hora. En la entrada de la Calle 17. Vístete para impresionar.

Esperanza colgó. Eso sorprendió a Myron. Desde que había sido madre, Esperanza, una juerguista chica bisexual, ya no salía por las noches. Siempre se había tomado su trabajo muy en serio. Ahora era dueña del cuarenta y nueve por ciento de MB Reps y, con tantos viajes extraños de Myron en los últimos tiempos, había tenido que asumir casi toda la carga de la empresa. Pero, tras años de llevar una vida nocturna tan hedonista que hubiese puesto verde de envidia a Calígula, Esperanza se había pasado a la abstinencia total, después de casarse con el correctísimo Tom y tener un hijo llamado Héctor. Pasó de ser Lindsey Lohan a Carol Brady en cuatro segundos y cinco centésimas.

Myron echó un vistazo a su armario, preguntándose qué debería ponerse para ir al local nocturno de moda. Esperanza le había dicho que se vistiese para impresionar, así que se decidió por lo habitual y seguro —tejanos, americana azul, mocasines caros—, el Señor Chic Informal, más que nada porque era lo único disponible que encajaba con la sugerencia. En realidad había poco más en su armario que tejanos, americanas y un traje de confección, a menos que quisiese parecer un vendedor de una tienda de electrodomésticos.

Cogió un taxi en Central Park West. El cliché sobre los taxistas de Manhattan es que son todos extranjeros y apenas saben hablar inglés. El cliché puede ser cierto, pero habían pasado por lo menos cinco años desde la última vez que Myron había hablado con uno. Todos los taxistas de Nueva York llevan el audífono de un móvil Bluetooth en el oído, las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, y hablan en voz baja en su lengua nativa con quien sea que esté al otro lado. Modales aparte, Myron siempre se preguntaba qué persona podía haber en sus vidas que quisiera hablar con ellos a todas horas. En ese sentido, se podía afirmar que se trataba de hombres muy afortunados.

Myron estaba preparado para encontrarse con una cola de público inmensa, un cordón de terciopelo o algo así, pero cuando llegaron a la dirección, en la Calle 17, no había ninguna señal de un club nocturno. Por fin comprendió que el «Three» correspondía al tercer piso y que Downing era el nombre del edificio que había enfrente. Alguien había ido a la Escuela de Nombres Literales de MB Reps.

El ascensor llegó al tercer piso. Tan pronto como se abrieron las puertas, Myron sintió el ritmo del bajo en su pecho. La larga cola de desesperados por entrar ya se había formado. Al parecer, las personas acudían a clubes

como éste para divertirse, pero la realidad era que la mayoría, después de hacer cola, acababan recibiendo un severo recordatorio de que no eran lo bastante interesantes para sentarse a la mesa de los chicos más populares. Los vips pasaban a su lado casi sin mirarlos, y eso hacía que su deseo de entrar creciera aún más. Había un cordón de terciopelo, que indicaba su estatus inferior, vigilado por tres gorilas con cabezas afeitadas y caras agrias.

Myron se acercó con su mejor andar estilo Win.

—Hola, chicos.

Los gorilas no le hicieron caso. El más grande de los tres llevaba un traje negro sin camisa. Nada. La chaqueta y sin camisa. Su pecho untado con vaselina mostraba una impresionante musculatura metrosexual. Ahora mismo se estaba ocupando de un grupo de cuatro chicas de quizá-veintiún años. Todas llevaban unos tacones ridículamente altos —la confirmación de que los tacones estaban de moda este año—, y más que caminar, se tambaleaban. Los vestidos eran lo bastante cortos como para que las denunciassen, pero eso ya no era nada nuevo.

El gorila las miró como si fuesen ganado. Las chicas hicieron poses y sonrieron. Myron casi esperó verlas abrir la boca para que él pudiese mirarles los dientes.

—Vosotras tres, vale —dijo Músculos—. Vuestra amiga es demasiado gorda.

La chica gorda, que debía de usar una talla cuarenta y dos, comenzó a llorar. Sus tres amigas formaron un círculo y discutieron si debían entrar sin ella. La chica gorda se marchó llorando. Las amigas se encogieron de hombros y entraron. Los tres gorilas sonrieron.

—Elegante —dijo Myron.

Las sonrisas burlonas se volvieron hacia él. Músculos le miró a los ojos, con actitud desafiante. Myron aguantó la

Títulos de Harlan Coben en Serie Negra

SERIE PROTAGONIZADA POR MYRON BOLITAR

(por orden de aparición original)

Motivo de ruptura (Serie Negra, 50)

Christian Steele está a punto de cumplir el sueño americano y ser una de las estrellas de la NFL. El agente Myron Bolytar también alcanzará, por fin, su meta, representando a Steele. Una llamada de auxilio, sin embargo, pone en peligro la firma del contrato y el futuro de Bolitar.

Golpe de efecto (Serie Negra, 51)

Valerie Simpson, joven estrella del tenis norteamericano, quiere a Myron Bolitar como su agente. Va a reaparecer y está dispuesta a olvidar su pasado. Pero alguien no está dispuesto a ver resurgir a Valerie Simpson. ¿Por qué matarla ahora, durante el USA Open?

Tiempo muerto (Serie Negra, 52)

Calvin Johnson, el nuevo general manager de los New Jersey Dragons, contrata a Bolitar. No lo quiere para el

equipo, sino para que busque a su gran estrella, Greg Downing, desaparecido misteriosamente, un jugador con el que Bolitar compitió sobre las canchas y por el amor de una mujer.

Muerte en el hoyo 18 (Serie Negra, 53)

Bolitar va a tener suerte: Linda Coldren, número uno en la lista de ganancias en el circuito americano de golf, promete contratarle. Antes, sin embargo, tendrá que encontrar a su hijo, que ha desaparecido sin dejar rastro. Muy pronto comprenderá que nunca debió de hacerlo.

Un paso en falso (Serie Negra, 54)

Myron Bolitar ha recibido un encargo muy especial: proteger a una fulgurante estrella del baloncesto, la bella Brenda Slaughter, cuya vida parece correr peligro. De un tiempo a esta parte recibe amenazas telefónicas anónimas, y su padre se ha marchado de casa, dejando vacías las cuentas bancarias.

El último detalle (Serie Negra, 55)

Esperanza Díaz, socia de Myron en MB SportsReps, ha sido detenida por asesinato. La acusan de haber asesinado a Clu Haid, pitcher de los New York Yankees, cliente de la agencia. El muerto, una estrella del béisbol en declive, se había visto envuelto hace poco en un escándalo de consumo de heroína.

El miedo más profundo (Serie Negra, 56)

Emily Downing, una antigua novia de Bolitar, acude a él desesperada. Su hijo Jeremy se está muriendo y necesita con urgencia un trasplante de médula ósea. El chico es hijo del propio Myron, concebido la víspera de la boda de Emily con otro hombre. Bolitar inicia una búsqueda afanosa a pesar de sus dudas.

La promesa (Serie Negra, 57)

Myron Bolitar no sabe por qué hizo aquella promesa, no deja de arrepentirse. «No haré preguntas. No se lo diré a vuestros padres. Eso os lo prometo. Os llevaré donde queráis ir. Por tarde que sea. No me importa lo lejos que estéis o lo colocadas que vayáis. A cualquier hora, cualquier día. Llamadme e iré a buscaros».

Desaparecida (Serie Negra, 58)

Myron Bolitar no es uno más. Es la única esperanza de Terese Collins. Hace ocho años ambos huyeron a una isla caribeña para dedicarse a amarse. Pero ella desapareció sin dejar ni el más mínimo rastro, incluso para alguien tan avieso como Bolitar. Hasta que sonó el teléfono a las cinco de la mañana.

OTROS TÍTULOS

No se lo digas a nadie (Serie Negra, 71)

El pediatra David Beck y su esposa han ido a celebrar un aniversario muy especial al lago Charmaine. Se besaron por primera vez a los doce años, y, ahora, trece años

después, la corteza del mismo árbol vuelve a recoger el testimonio de ese amor. Pero lo que empieza siendo un romántico fin de semana pronto se verá trocado en tragedia.

Por siempre jamás (Serie Negra, 83)

Will Klein tiene su héroe: su hermano mayor Ken. Una noche de calor agobiante aparece en el sótano de la casa de los Klein una joven, antiguo amor de Will, asesinada y violada. El principal sospechoso es Ken. Ante la abrumadora evidencia en contra suya, Ken desaparece.

Última oportunidad (Serie Negra, 82)

El doctor Seidman, un cirujano plástico especializado en niños, se despierta de pronto en la cama de un hospital. Ha sobrevivido a los disparos que recibió en su casa la mañana en que su hija Tara, de seis meses, fue secuestrada y su mujer asesinada. Él es el sospechoso.

Sólo una mirada (Serie Negra, 81)

Cuando Grace Lawson recoge unas fotos de la familia recién reveladas descubre una, de hace al menos veinte años, en la que aparecen cinco personas. Una de ellas guarda un sorprendente parecido con su marido, Jack. Cuando éste ve la foto, niega ser él. Y esa misma noche, se marcha en coche sin dar explicación alguna.

El inocente (Serie Negra, 21)

Una noche, Matt Hunter intenta, ingenuo de él, mediar en una pelea y acaba matando a otro joven. Nueve años